

pero yo no sé por qué fatalidad este arte tan necesario está aún en embrión, y cómo los príncipes también, que habrían de tener las mejores instrucciones y hacer el aprendizaje de todas las miserias humanas, están comúnmente abandonados á la ignorancia y á la lisonja. Se les incensa, cuando se les había de humillar: se les alaba, cuando se les había de corregir, y se les adormece cuando se habían de despertar.

Esta es la estación de la juventud, que como un estío abrasador nos consume y nos devora, hasta que, succediendo los negocios á los placeres, se apodera la ambición del corazón y le tiraniza: entonces las inquietudes comienzan, los embarazos se multiplican, y ya no se piensa en mas que en colocarse sobre esta tierra con las mismas precauciones que si fuera eterna en ella nuestra morada. La fortuna entonces es el ídolo que se adora; el dinero, la dicha que se solicita. Todo se reúne en estos dos objetos que inspiran astucias, enredos, ficciones, y á veces delitos. No se ve mas que intereses y honores; se casa por codicia, se buscan empleos por soberbia, y solo se piensa en nutrir bien el cuerpo, alojarle con comodidad, y vestirle con ostentacion. No se trabaja en eximiar el corazón de los hombres, para adivinarlos con esta mira; la pintura que hacemos en su verdadero retrato; la imaginacion, la memoria y la voluntad, no producen mas que afectos é ideas que se refieren á una vida absolutamente sensual. El sueño mismo no los distrae de esta agitación, porque entonces delirán con mas fuerza, y sus sueños delinean todos sus días.

Aun sería muy bien tratada nuestra humanidad, si no tuviera mas que esos males que temer; pero las injusticias que nos oprimen, las calumnias que nos persiguen, las enfermedades que nos atormentan, y las tentaciones que nos acongojan, aumentan la cadena de nuestros infortunios, y nos reducen al mas duro cautiverio. No hay mas que peligros por parte de los ladrones, enemigos, falsos amigos; y aun por parte de nosotros mismos, parece que todas las criaturas se arman para nuestra ruina: el insecto destila su ponzoña, la misma rosa desplega sus espinas. Si vamos por las ciudades, si habitamos en las selvas, si navegamos los mares, los peligros, digámoslo así, se suceden unos á otros, y cuando menos, el miedo nos turba y desconcierta.

Esta es la vida presente, donde todo parece risueño á la primera vista, y de la que no resulta sino angustias, dolores y calamidades. Sin embargo, no hemos circunstanciado aún ni las miserias del pobre, ni las enfermedades á que está espuesta nuestra triste humanidad. Sería preciso descender á aquellas cabañas ó barracas donde se consumen la mayor parte de los hombres, y conducirse á los hospitales donde no se rechaza á la muerte sino á fuerza de medicamentos y operaciones peores que la misma muerte. ¿Qué horrores, qué imágenes! ¿No verifican bien las palabras de Job, que llama á nuestra vida una continua batalla? No tenemos necesidad de preguntar á nuestros padres para saber nuestras desdichas; están en nosotros, y al rededor de nosotros, de modo que incesantemente nos avisan de su funesta impresion. Cada uno, confundido de descontento de su suerte, nos instruye de que no hay estado libre de desgracias y pesares. Los ricos se ven devorados de un gusano interior, y los pobres por el hambre: los grandes, consumidos por la ambición y tedio; los pequeños despojados por la injusticia y picados por la soberbia. ¿Qué turbaciones domésticas en nosotros mismos y en nuestras casas! ¿Qué llantos y sentimientos causados por la muerte de nuestros amigos ó por su ausencia! ¿Cuántos sentimientos de antipatía que necesitamos sofocar! ¿Cuántos movimientos de cólera que debemos reprimir! ¿Cuántos malos pensamientos que es preciso disipar! No se suceden las horas sino para traernos en cada minuto nuevas inquietudes, nuevos embarazos.

Sin duda, ó se cae al peso de estos males, ó se miran como un ser que vegeta, si la grandeza de alma (que nadie puede inspirar sino la religion) no viene á defenderlos é ilustrarlos. Entonces nuestras desdichas se convierten en exámenes, y las acariciamos como ocasiones para merecer la felicidad eterna. Nuestra existencia no es realmente soportable, sino en cuanto esperamos nueva tierra y nuevos cielos. Conocemos que nuestro espíritu inmortal tiene razon y justicia para esperar otra perspectiva, que flores que se marchitan, astros que se eclipsan, y cuerpos que se reducen á ceniza. ¿Qué es todo esto, sino una vida toda reconcentrada en la esfera de este universo, donde cada objeto nos punza, al mismo

tiempo que nos acaricia! Es preciso salir de ella, como de una prision, y avanzarse á los espacios inmensos que absorben toda idea de la materia: conozo que la empresa es difícil, pues hay tambien pocas almas que se eleven; pero con todo, nadie triunfa sino á costa de dolores y reverses.

El mayor número de los hombres está equivocado sobre esta palabra *vida*; entienden por esta voz el goce de los placeres criminales, que se puede llamar una verdadera muerte. Ninguno respira como ser racional, sino en cuanto usa de la facultad de pensar, y se emplea en conocerse y espiritualizarse. Los instantes que componen nuestra vida, se van con tal rapidez, que si no trabajamos en arrancar alguna cosa, al tiempo que nos lo quitan todo, vegetamos lo mismo que los animales. Nosotros no somos mas que un punto en la estension de los siglos, y un punto que por momentos se deshace, cuando nuestro espíritu debe durar eternamente.

(Concluirá.)

Crónica Estranjera.

Ideas sobre las vias de comunicacion en España.

ARTICULO III.

Descrito en sus principales rasgos el carácter topográfico de nuestro territorio, y formada así bastante cabal idea de las dificultades que para la comunicacion ofrece, pasarémos, segun la lógica ordenada, á investigar cuáles sean los medios mas oportunos para subsanar tamaños inconvenientes.

Empezaré mi faena sentando un axioma que difícilmente hallará impugnadores, á saber: que el sistema de carreteras, aun cuando estuviese llevado al tipo ideal de su perfeccion y desarrollo, resultará ineficaz en cuanto al logro de nuestros anhelos. La fuerza animal como motor, ya sea aplicada directamente ó á lomo, ya por el medio indirecto y mas progresivo del tiro, no basta ni con mucho á satisfacer las necesidades de la época. En la situacion correlativa de Europa, y con el ímpetu de su movimiento industrial, se requieren vias de conduccion ó mas rápidas ó mas económicas, ó que reúnan á la vez, si posible fuere, ambos atributos de celeridad y baratura. Por fortuna, el adelanto de las ciencias nos ofrece recursos para conseguirlo, siempre que exista el capital suficiente, y tambien el espíritu de empresa, elemento y requisito no menos indispensable.

Una salvedad conviene empero hacer aquí. No presume nadie deducir de las anteriores palabras que yo menosprecie, ó juzgue desaprovechados cuantos esfuerzos se han hecho recientemente en España para mejorar los caminos, de acuerdo con las añejas prácticas. El empréstito de 200 millones contratado por la administracion, y las loables tentativas que con no corto sacrificio han hecho varias diputaciones provinciales, dirigidos estas y aquel á la apertura ó mejora de carreteras, me parecen un paso acertadísimo, paso de verdadero y legítimo progreso, fecundo en importantes resultados, con tal que ya satisfechos no lo demos por infinito, y nos sentemos á descansar dando por concluida la tarea, cuando apenas pudiera decirse que se halla comenzada. Es como el cimiento de un edificio, indispensable para darle solidez; pero que de por sí solo nada vale, y su verdadera importancia héla aquí. Jamas podrá verse rio alguno caudaloso si se encuentra desprovisto de afluentes que le enriquezcan con sus aguas: jamas via de comunicacion que sirva de conducto á una crecida actividad comercial si carece de otras inferiores que suministren pábulo á su movimiento. De donde claramente se deduce que como fuera demencia imaginarse ver la superficie de nuestra España, por largo tiempo aún, cubierta cual la de Inglaterra, por una espesa red de canales y ferro-carriles, tan espesa que á cada momento van estrechándose aún mas sus mallas, esos auxilios secundarios redundarán en la comun ventaja. Destiérrase por Dios de nuestra patria, el sistema con demasía primitivo de la conduccion á lomo, puesto que nos hallamos ya á suficiente altura para justificar tal empeño; sustituyéndose á las veredas las calzadas, mientras á estas las reemplazan á su vez, obras de carácter mas análogo á los delantos del siglo. Tal es mi programa, único racional, en cuanto combina la innovacion progresiva con los antiguos recursos: amalgama de necesarios elementos por desatender, al cual han

fracasado en España infinitos conatos de reforma, tanto en el orden político cuanto en el de los simples intereses materiales.

Otro principio sentaré igualmente, quizá de mas dudoso ascenso, pero en su fondo no menos exacto: los rios que la naturaleza no ha hecho de por sí fácilmente navegables, casi siempre resisten á los recursos del arte; y no fuera acertado invertir directamente en la mejora de su cauce, las sumas y el trabajo que requiere esta empresa, al riesgo de que saliese fallida al fin y postre. De mi segundo axioma se desprende otro corolario digno de tenerse siempre á la vista, á saber: que como á nuestros rios, dejando aparte ampliificaciones poéticas, es preciso en lo general reconocerles el carácter de escaso caudal y gran desnivel, unidos á la consiguiente irregularidad de su alveo ó madre, apenas deben figurar en cuenta en el sistema de que me ocupo ahora.

Para la confirmacion de este aserto, apelo al sentir de los ingenieros entendidos é imparciales. Todos ellos confesarán que de los diversos ramos en que su ciencia se subdivide, no existe ninguno que requiera tan delicados cálculos, ni que ofrezca en cambio resultados tan inciertos como el de ingeniero hidráulico. Esta dificultad consiste en la gran potencia del enemigo á quien se debe sujetar, y sobre todo, en lo caprichoso é inestable de su ímpetu [con especialidad cuando aparece en la forma de raudal ó corriente, ó aun rebentazon de una playa], de donde resultan tantos y tan importantes engaños. Por consiguiente, al testimonio de los hombres científicos apelo; pero aun cuando ese apoyo tan concluyente me faltase, bastaría con apelar á la simple experiencia. De mi propia observacion personal pudiera sacar repetidos ejemplos; pero me limitaré á uno solo que me parece reunir todas las condiciones apetecibles. Rio manso, si mansos los hay en el mundo, es el Loira, desde que dejando los montes del Borbonesado se espacia por las llanuras de la Francia central; á punto que desde Orleans á Angers, distancia como de 60 leguas bien cumplidas, apenas puede determinarse hacia qué lado correrian sus aguas, si no fuese por el ímpetu que traen recibido, y que á su desembocadero en Nantes las impele. Si á esto se junta el gran adelanto científico de la Francia, puede reputarse por rio cual ningun otro, á propósito para humillarse ante los esfuerzos de la industria humana. Sin embargo, desde fecha muy atrasada, y con mayor empeño desde la época del imperio, se han invertido en balde gruesas sumas para mejorar su cauce, y en el año de 1834 fué testigo en Tours [ciudad colocada en medio de la indicada llanura], de un chasco que bien merece mencion. Para encajonar las aguas, que iban un tanto separándose de su canal, inventaron los ingenieros una obra ó empalizada, la que, lejos de conseguir su objeto, desparramó la corriente mucho mas, cegó con arenas el paso antiguo, y no formó ningun otro; de manera, que viendo la navegacion poco menos que interrumpida, hubo que deshacer á toda prisa lo hecho, dejando las cosas como se estaban, sino algo peor.

Lo que se consigue, pues, con trabajar en el mismo cauce de los rios, es trabajar mucho, trabajar siempre, gastar sin poder remediarlo, gruesas sumas, y al fin no haber adelantado casi nada.

Otra consideracion existe tambien de no leve peso. Cuando los rios, ya natural, ya artificialmente navegables, no tienen profundidad suficiente para grandes vapores de mediano calado [únicos propios para el transporte de mercaderías], su navegacion al remontarlos es tan penosa y larga, gracias á la corriente y á la incertidumbre de los vientos, que raya casi en inútil. El solo correctivo consiste en emplear pequeños botes ó bongos, que suban en la mayor parte á remo ó palanca; pero este cabotage fluvial es tan dispendioso, por la multitud de brazos humanos necesarios, que mal puede competir con la conduccion en carrós medianamente contruidos, y por caminos que no pasen de medianos.

He divagado tanto al tratar de este asunto, porque cuando tan limitado se halla aun en su esfera, el espíritu de empresa entre nosotros [hablo de aquel cuyas miras se estienden mas allá de redactar un prospecto, insertar tres ó cuatro pomposos artículos en los periódicos, y busen luego acciones por el método de Robert Macaire], dueleme sobre manera ver á muchos espíritus de buena fé, distraídos en procurar la navegacion del alto Duero, el alto Tajo, y aun el alto Guadalquivir, desde Córdoba á Sevilla. Naciones mas adelantadas pueden permitir sin grave daño que se evapore crecida porcion

de su energía industrial en proyectar trabajos ó irreales ó infecundos; pero nuestra situacion es por desgracia muy diversa. Un solo átomo que se aparte de su legítimo objeto, es pérdida de cuantía; y debemos afanarnos por reconcentrarla sobre la inmediata construccion de canales y ferro-carriles.

Ambos medios de transporte comparados entre sí, poseen ventajas y desventajas que le son propias, y su exámen formará el objeto de mi próximo artículo.—
DIONISIO ALCALA GALIANO.

Variedades.

El progreso y los progresistas.

Todo cambia con los siglos; nuestros padres se contentaban con la luz del aceite en un prosaico candil, en torno del que, despues de rezar el santo rosario, se sentaba la familia y alguna que otra persona de la vecindad, á escuchar cuentos de brujas y fantasmas, que hacian santiguar de vez en cuando á las muchachas, y esconder entre las faldas de la mamá á los chiclelos: al candil sucedió el quinqué, al aceite la grasa de ballena; y sucumbiendo aquella luz opaca y retrógrada, ante la mayor claridad que despedían las mechas modernas, la gente fué tomando mas vuelo, y aquellos círculos, donde tanto se gozaba de la paz doméstica, desaparecieron como por encanto. En vez de escuchar los niños aquellos cuentecillos inocentes, los mas de los que, encerraban algunas moralejas; leyeron folletines de periódicos; al devocionario substituyó la novela; y los que antes pensaban que solo con buenas acciones era como se ganaba la gloria, y que Dios premiaba la paciencia en nuestros padecimientos, acabaron de comprender que estos concluyen con una pistola dirigida á la tapa de los sesos, ó con unas cuantas gotas de veneno. Los que antes admiraban el fin glorioso de los santos mártires, cuya vida leían en el Año Cristiano, pronto se interesaron por los sucesos de un bandolero desalmado, y su atencion se paró con ahínco sobre la vida y aventuras del *Baroncito de Foblás*. Los que en el tiempo de Mari-Castaña consultaban la felicidad de su vida con los padres para elegir un esposo, comprendieron que la cosa se abreviaba por medio de una seduccion ó de un raptor: á la prosa sucedió la poesía, y á la poesía esa sociedad poética que nos rodea; al erizon empolvado los mas hermosísimos bucles, ya negros, ya rojos, ya castaños, y el colorete se introdujo con las hermosas *peinetas caladas*; las chupas fueron reemplazadas por casacas y levitas; la chorrera desapareció de la camisa, la coleta de las bezas, y las medias cañas y el peluquero trabajaron de otro modo en las chollas modernas. Antiguamente, solo algun señor ó señora de vista cansada gastaba sus anteojos montados en la nariz para ciertos menesteres; hoy se descubrieron los *miopes*, los llevan los jóvenes, y es un punto de elegancia ser corto de vista. ¿Qué literato moderno ito poita sus antiparras? ¿Qué ciudadano de diez y nueve no usa sus anteojos, para indicar que no es una persona comun? La única diferencia que hay entre los anteojos antiguos y los anteojos modernos, es que aquellos se aseguraban en las narices; la sociedad de buen tono los asegura hoy en las orejas; y esto me prueba que nosotros hicimos el descubrimiento portentoso de que tenemos *orejas*. ¡Oh tempora! ¡Oh mores! Antiguamente se preferian las virtudes á la hermosura; hoy una buena chica inspira las estrofas de un trovador: antiguamente entregaban los papás á los novios una muger modesta y pura, hacendosa y buena cristiana; hoy dicen que el esposo lleva una alhaja, porque la recién casada sabe hacer piruetas, cantar una aria en italiano, dar los buenos días en francés, y llevar una correspondencia en prosa y verso... En prueba de ello puede enseñar treinta volúmenes, en que constan las epístolas amorosas de otros tantos novios, con las copias de la contestacion.

Antiguamente, nuestros abuelos hacian sus mas rápidos viages en coche, ó en una silla de posta; hoy tenemos ferro-carriles, se descubrió el vapor se camina, con la rapidez del rayo, y si antes cualquier quidam tenia la fatalidad de dar un vuelco y quebrarse un brazo ó una pierna, ahora si tropieza con otra locomotor, tiene la ventaja de romperse la crisma. Antes, los jóvenes respetaban la ancianidad; hoy la desprecian y la venjan; antes se tenía religiosidad en las palabras; hoy has-